

El discurso educativo

David A. Ansoleaga San Antonio
Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle
Universidad Autónoma de Madrid

MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ, VALENTÍN (2008), *El discurso educativo*. Editorial CCS. Madrid.

Nueva y valiosa aportación del Dr. Valentín Martínez-Otero a la literatura científica pedagógica, con la publicación de este libro que compendia la labor reflexiva e investigadora de su autor en relación con el discurso en el aula, alimentada a través del encuentro con numerosos docentes, la observación y el análisis documental. El reconocimiento de la importancia de la comunicación en el hecho educativo no se ha visto acompañado de la producción de estudios rigurosos al mismo nivel, hasta que el paradigma de la sociedad de la comunicación ha irrumpido en las escuelas; y como suele ocurrir en este tipo de procesos, lo ha hecho con intensidad y con impacto. La aplicación de los modelos de análisis de la comunicación humana al acto educativo ha dado lugar en la última década al surgimiento con fuerza de las corrientes teórico-prácticas interesadas por la comunicación didáctica, el aprendizaje dialógico, las comunidades de aprendizaje o las tertulias literarias, por citar solamente algunos ejemplos ilustrativos del peso que está adquiriendo este campo de estudio dentro de las ciencias pedagógicas.

El profesor Martínez-Otero expone aquí el modelo de discurso educativo que

lleva varios años elaborando y que ya ha presentado en diversas ocasiones (cfr. 2004, *Revista Complutense de Educación*, vol. 15, 1, pp. 167-184, y 2007, *Revista Iberoamericana de Educación*, versión digital, 43/2). La esencia de su trabajo ha consistido en aplicar un método analítico-comprensivo de la realidad educativa, concretamente al discurso didáctico, desde un enfoque psicosocioafectivo, cuyo fruto es la identificación de cinco grandes dimensiones en el discurso que mantiene el docente durante la relación educativa:

- Una dimensión instructiva referida a la exposición de los contenidos que son objeto del proceso de aprendizaje y de enseñanza y, por consiguiente, con un marcado carácter técnico y conceptual.
- Una dimensión afectiva que se mueve netamente en los componentes emocionales de la comunicación, responsable de la calidad de la relación interpersonal entre docente y discente, valorable en criterios como proximidad, atracción, confianza o relevancia intersubjetivas.
- Una dimensión motivacional ligada a la movilización del comportamiento y de la actitud del educando en sentido favorable hacia su implica-

ción y participación en el proceso de aprendizaje. La habilidad del educador en el manejo de los componentes verbales, no verbales y extraverbales, aderezados con la incorporación de recursos de provocación, aforación de intereses, incentivación, estimulación de la curiosidad, entre otros, es la clave de una locución activadora y sugerente en el docente, o por el contrario, de un efecto aletargador, distanciador, pasivizador.

- En cuarto lugar, se señala una dimensión social que es responsable del sentido más comunicativo de la educación, en cuanto a su naturaleza como proceso de desarrollo personal y relacional del individuo. El discurso que ambienta un aula debe ser facilitador de experiencias positivas de socialización, inculturación, adaptación social, integración y cohesión de realidades personales múltiples y diversas.
- Y finalmente, una quinta dimensión ética del discurso educativo, la que «*nace de la esencia misma del hecho educativo, pues orienta el comportamiento hacia el «bien»*» como la explica el propio autor (p. 63). Ésta es la dimensión que está en la base de los efectos de modelamiento y moldeamiento que produce la presencia y el obrar del maestro en sus discípulos. La plasticidad del educando requiere de una atención minuciosa y sensible hacia la formación de sus actitudes y valores, el desarrollo de su capacidad crítica y de discernimiento o el aprendizaje de los límites y del ejercicio responsable de los derechos y los deberes. Para ello es necesario un discurso normativo, reforzante, axiológico y razonador.

El resultado de esta reflexión analítica y comprensiva de la relación educati-

va desde la óptica de la comunicación es la formulación original de este modelo pedagógico pentadimensional del discurso docente, cuyo espíritu es ayudar a mejorar las prácticas educativas enriqueciendo el papel del maestro o profesor en cuanto comunicador y generador de interacciones basadas en el uso del lenguaje, su principal y más permanente herramienta.

El reconocimiento y revalorización de esta realidad pentadimensional de la comunicación en situaciones didácticas no trata sino de favorecer la potencia formativa de un discurso elaborado de una forma coherente y armónica que estimule, a la vez, el desarrollo cognitivo-intelectual de su destinatario y su desarrollo socio-afectivo por igual. Al leer el tratamiento que en este libro se hace sobre este tema, sorprende la simplicidad y la evidencia de las afirmaciones que contiene, pero son precisamente la sensatez y la racionalidad de la exposición las que le dan la fuerza. Por otra parte, también la forma ensayística que utiliza el autor para recubrir una obra científica, es otro de sus éxitos, pues acerca las conclusiones de su reflexión teórica a la realidad más pragmática de la actividad escolar, aportando un abanico de sugerencias, estrategias y recursos muy útiles para mejorar la comunicación en el aula.

Hasta tal punto llega la fuerza del discurso empleado en la actividad educativa, que en torno a su carácter se forja toda una tipología de profesorado, alumnado e instituciones escolares. Los penúltimos capítulos del libro se ocupan de dibujar perfiles prototípicos de cada uno de estos tres sectores educativos, en función de la predominancia de una dimensión u otra. El arquetipo de la educación se basa en el modelo más comprensivo e integrador

de todas las dimensiones, que se equilibra entre un docente-educador que promueve ecuanimidad y coherencia, un alumno-educando en permanente proceso de crecimiento en libertad y responsabilidad, y una escuela-educadora como organización que aprende a «hacer aprender» a sus escolares en el mejor escenario posible de convivencia, autonomía y compromiso social.

A lo largo de toda la obra trasunta un espíritu de humanización de la escuela, materializado en las innumerables referencias a la necesidad de mejorar este aspecto de la comunicación, que en definitiva representa la mejora de la educación actual. El argumentado suministro continuo de claves y orientaciones dirigidas a educadores y enseñantes ayuda a que este trabajo se avale por sí mismo como instrumento de evaluación, autoevaluación y

coevaluación entre los responsables de hacer la educación.

En un momento de preocupación por los factores que dan calidad a la educación, es muy importante repensar aquéllos que afectan al aspecto más humano y humanizador del encuentro dignificador y modelador entre dos personas que representa la educación. Junto a los factores estructurales y sistémicos que ponen en evidencia los modelos de calidad al uso, es preciso recuperar una pedagogía del educador, volver a colocar la figura del enseñante como piedra angular de una actividad que es, ante todo, relación interpersonal. Y en este sentido, esta pedagogía de la comunicación que alienta y que propugna Valentín Martínez-Otero se nos antoja una contribución inapelable para todos los profesionales y benefactores de nuestra educación.

